



EDITORIAL

De la revista de arqueología de la Universidad Nacional de Cuyo, los Anales del Instituto de Arqueología y Etnología y mi relación con ella

Cuesta encontrar las palabras para presentar una publicación como Anales de Arqueología y Etnología sin caer en formulas y protocolos. Es que en definitiva estamos celebrando una revista de ochenta años (!).

Pero eludiendo formalismos y puestos a urdir un tejido biográfico con las vidas de aquellos que convivimos con esta entrañable y tenaz revista, debo decir que en 1983 la vi por primera vez, ella con cuarenta y tres años y yo apenas con dieciséis¹. Expectante y emocionado, una profesora de inglés de mi barrio (ya jubilada por esos años) puso en mis manos los primeros seis números. Justo leía en ese momento mi primer libro de Arqueología: *Siete arqueólogos. Siete culturas*, de Fernando Márquez Miranda. Ahí el cóctel fue explosivo: con el despertar de mi vocación por la arqueología, leyendo vidas de arqueólogos legendarios y sus paradigmáticas investigaciones y con el sabor de fondo a libertad que lo impregnaba todo debido el ansiado retorno democrático, justo caía ante mí una publicación que mostraba las ruinas de Ranchillos, ahí nomás, a 200 kilómetros, en esa tan cercana y tan lejana Uspallata. Así, comenzando por el último artículo del Tomo I de la revista *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, la abordé desde el final hacia el comienzo. Hoy solo basta con ver el índice de aquel tomo, con los temas y autores que lo escribieron, para comprender por qué ese hito fundamental en la historia de la arqueología regional y argentina no podía dejar de ser uno en mi propia vida académica, como claro indicador que señalaba hacia donde orientar mi energía vocacional. Al artículo de Francisco de Aparicio se sumaban los de Salvador Canals Frau (director del Instituto y fundador de la revista), Milcíades Vignati, María Constanzó, Alfred Métraux, Fernando Márquez Miranda, Romualdo Ardissonne, Alberto Salas y José Imbelloni que completaban el cuadro. Vaya staff de autores! y

1 Advierto que lejos de un relato autoreferencial, apunto a proponer una visión distinta de la revista y su impacto en la vida de uno de tantos profesionales.

ni que hablar de los temas... un panorama Americano de gran alcance con foco en Argentina y Cuyo en particular. La verdad es que poco entendía en ese momento (las asignaturas del colegio estaban muy distantes de la antropología americana) pero despertaban esa pasión perseguida en el objetivo mismo de la revista, al menos en mi pensamiento juvenil.

Desde atrás hacia adelante, terminé leyendo las “palabras inaugurales” y veo, con el paso del tiempo, que un objetivo trazado por Salvador Canals Frau, mentor de la revista y director del Instituto (tarea a la que hoy se me convoca), perseguía “que esta nueva publicación sea útil a todos aquellos que permanecen atentos al conocimiento de los pueblos y las culturas que otrora poblaran este continente. Para ellos... publicamos este primer tomo de *Anales del Instituto de Etnología Americana*.”

Pasó un año y en 1984 el primer arqueólogo que conocí en persona fue, justamente, quien de alguna manera “selló” la historia del Instituto de Arqueología y Etnología (IAyE) y sobre todo la de la revista *Anales*. Juan Schobinger había iniciado desde 1957 una “nueva época”, aclarando en “dos palabras” su vocación americanista y garantista de su continuidad por encima de las complejas coyunturas políticas y económicas que venían impactando en la vida académica de nuestro país (y que no titubeó en señalar sin eufemismos).

Era 1984 y caí en la cuenta de que leía sobre temas cuyos avances habían sido notables en los últimos 40 años. Conocí a Schobinger, en un curso coorganizado entre el Instituto y la, ahora extinta, Sociedad Cuyana de Antropología². Él llevaba adelante estas tareas de extensión y recaudación de fondos, justamente con el fin de mejorar la revista, con problemas para imprimirla en tiempo y forma por temas presupuestarios de la Universidad (una eterna lucha visible en la documentación del archivo del IAyE). Fue justamente en ese curso de la Sociedad de 1984 cuando llegué a Uspallata y pude tocar por primera vez los restos arqueológicos de Ranchillos que el año anterior había admirado en viejas fotos del tomo I (y también deslumbrarme frente a los petroglifos del Cerro Tundqueral). Pero sobre todo tuve mucha suerte, ya que con el curso accedí a los números 34-35 de la revista *Anales*, comprándoselos al propio Dr. Schobinger. Ese tomo, impreso en diciembre de 1982, constituía uno temático referido a la Historia de la Arqueología Argentina escrito por Jorge Fernández. ¿Que más podía pedir?. Rápidamente lo leí. En los 12 puntos de su

2 Los cursos eran organizados temáticamente. El de 1984 se realizó en el Goethe-Institut y se llamaba: *Arte y Arqueología de Suramérica*. En ese evento hizo su presentación como reciente graduado llegado desde la UNLa Plata, Víctor Durán, quien más adelante se desempeñaría también como director del Instituto.

introducción me puse al día con el estado de la cuestión conceptual de la arqueología y al avanzar pude comprobar que la disciplina tenía su propia historia y que el conocimiento no devenía en algo estático y sellado... que el desarrollo había sido notable en toda la extensión de nuestro país durante una centuria... me esperaba un arduo trabajo cuando en 1985 ingresara a la Universidad³, ya que el tomo compilaba una bibliografía Arqueológica con 1.813 títulos.

En el prólogo quedaba algo claro, la historia de la arqueología Argentina emprendida por primera vez de modo integral, se proponía para “reflexión de los especialistas” y un acceso “panorámico completo para los estudiantes y aficionados”. Así, la revista continuaba vigente con su principal motivación. Más tarde me tocaría revisar decenas de sus artículos, estudiarlos en detalle y desde allí proponerme nuevos senderos. Ese tomo constituye aún hoy un paso ineludible para quienes deseen abordar la historia de la disciplina.

Así la revista continuó creciendo y sosteniéndose con el tesón de los investigadores que formaban parte del IAYE y la tomaban como nave insignia. Esto lo evidencié en mis primeros viajes al extranjero, donde pude comprobar los altos niveles de valoración que poseía sirviendo a la vez como referencia para colocar en las coordenadas de los centros de estudios mundiales a nuestro Instituto.

En la larga historia del Instituto rescato para esta estrecha presentación, un hecho que tuvo además impacto en la revista. Entre 1994 y 1997 resultó electa directora por primera vez en 54 años de existencia del instituto, una mujer. Y fue justamente Olga Rodríguez quien incorporó la necesidad de que los trabajos recibidos comenzaran a evaluarse. Así fue como los números 48 y 49 se publicaron con la explícita disposición de velar por la calidad de los artículos mediante evaluaciones, aspecto que, con altibajos, continuó vigente con la adhesión de los posteriores directores y directoras.

Hoy, como si se tratara de un mandato impuesto hace 37 años, cuando la revista *Anales de Arqueología y Etnología* se metió determinada y perene en mi biblioteca, me toca dirigir el Instituto que aloja a esta octogenaria y entrañable revista. La que me sedujo en el nacimiento de mi vocación, me amparó en los años de la carrera, me alentó como tesista y me desafió como profesor de la FFyL. La misma que desde

³ Cosa que no sucedió sino hasta 1986, ya que me tocó el servicio militar y durante 1985 y parte de 1986 debí conformarme con leer en los ratos de descanso entre guardia y guardia el *Diccionario de Arqueología* de W. Bray y D. Trump que conseguí en Mendoza libros (en esos años era muy difícil encontrar libros de arqueología en las librerías de Mendoza). Grande fue mi sorpresa entonces cuando al ingresar a la Universidad pude comprobar que existían 37 volúmenes impresos de esa revista que había marcado mi vocación.

hace cinco años nos convoca a atenderla junto a un comprometido y solvente equipo editorial, para mejorarla, extenderla y sostenerla, para el desarrollo de nuestra disciplina, de nuestros y nuestras colegas y, ¿por qué no? para el despertar de vocaciones juveniles en una arqueología moderna, global y muy exigente. Una arqueología a la que esperamos estar conduciendo con su calidad, pero sin perder aquellos principios fundantes que seguramente influyeron, como en mí, en muchas generaciones de estudiantes y profesionales del país.

Horacio Chiavazza

Director del Instituto de Arqueología y Etnología
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo